

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre

Apóstoles y Mercenarios

Si todas las enfermedades alcanzan su paroxismo y todas las epidemias su apogeo, la oratoria, esta moderna epidemia que se ha desarrollado de una manera rápida entre la gente que a sí misma se califica de culta, no podía por menos de llegar a un período de florecimiento, donde la numerosa pléyade de oradores que por desgracia soportamos en España, nos entretuviera con sus disertaciones.



Sr. Serrano Batanero

El período ha llegado. Infinidad de periodistas que dejan correr demasiado la péñola para tener su libertad vendida al mejor postor; abogados noveluchos ya en aparroquiar gente al partido de su jefe, empleando marrullerías políticas; filósofos modernos, tan carentes de ilustración como ricos en pedantería; bohemios melencólicos de mugre y amigos de todos los vicios, ... desfilan por las provincias españolas dejando en todas el recuerdo de algún timo canallesco aprendido en los tugurios de la Corte.

Por ellos, hoy, al presentarse por vez primera ante el público un orador, éste duda de su bonhomía por los desengaños que la experiencia le ha hecho sufrir, y con justa razón cree está escuchando a uno de tantos que se han aprovechado de la hora presente, donde se cotizan conciencias y se mercantilizan las ideas, para sacar a subasta su desvergüenza y lograr adquiera su verbo cálido, persuasivo, algún rufianesco político, de esos que realizan jugadas de Bolsa cambiando de ideología; medrándo cuando las circunstancias lo exigen; haciendo, en fin, un *modus vivendi*, de su programa redentorista, como otros oradores, enmascarados de altruistas, dan conferencias mermando los fondos de las sociedades artísticas, científicas y recreativas, que no dudan en retribuir a estos omnisapientes tan faltos de talento que no alcanzan a comprender su ignorancia.

Pero de la misma manera que logró un día adquirir

auge este grupo de falsos filósofos é hipócritas políticos, había de llegar otro día en el cual una persona de tan sólido prestigio y cimentada cultura como el señor Serrano Batanero, pusiera un freno a este intolerable abuso, dando al traste con los malos oradores, como Cervantes dió con los libros de caballerías.

Varias veces hemos escuchado al Sr. Serrano Batanero; más aunque no lo hubiésemos hecho nada más que una, el juicio que de él formamos, sería el mismo que hoy nos merece, y auguraríamos a su labor de verdadera cultura, de divulgación científica, el mismo resultado que hoy le profetizamos, y que, tal vez, no cruzase nunca por la mente del Sr. Serrano Batanero, que únicamente se propone con sus amenas disertaciones llenas de un espíritu patriótico, digno de individuos tan amantes de España como él lo es, educar al pueblo, y de ninguna manera dar fin con los ambulantes paladines (?) de la cultura y del progreso.

Empero aunque el Sr. Serrano Batanero no se haya propuesto nada más que educar, nos privará de la plaga de parlanchines mercenarios: no tenemos para convencernos de ello, sino ver los resultados que su palabra produce. El no halaga al público que le escucha, tratando de identificarse con él en ideales políticos: al obrero le enseña sus derechos y deberes; al potentado, lo mismo; a los dos les traza un programa, y tanto sobre uno como sobre otro, descarga con justicia el cilicio de la crítica. Y el obrero y el patrono que ven no se conforma el Sr. Serrano Batanero con censurar su actual manera de proceder, sino que da fórmulas—no hacen lo mismo los censores parlamentarios—para llegar a una avenencia, lo aplauden con delirio, mientras maldicen a los asalariados que cobran las conferencias; tratan de identificarse con el público que soporta la tabarra de su verborrea, y sin dar fórmulas, critican con acritud.

Por eso, en Serrano Batanero, en este hombre de heterogéneos conocimientos, apto para combatir las ideas vertidas por los explotadores del pueblo, para divulgar la ciencia, vemos encarnado el orador descrito por Quintiliano, que decía era el saber mucho, principio y fundamento de toda oratoria.

J. RECIO RODERO.